SEMILLAS DE FUTURO

DIÁLOGOS PARA LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA
Y AGROALIMENTARIA EN NORPATAGONIA

Diego Pérez Roig
Emiliana Cortona
Gerardo Álvarez

(COORD.)

observatorio petrolero sur

legüero

leg**Ü**ero

Serie Territorios

16 x 23 cm | 198 páginas
Impreso en CABA | Argentina
1ra. Edición | Junio de 2024

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Atribución
No Comercial, Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Diego Pérez Roig, Emiliana Cortona Y Gerardo Álvarez
Semillas de futuro: diálogos para la transición energética y agroalimentaria en norpatagonia
1a ed - La Plata: Fanbook, 2024.

ISBN 978-631-90550-0-9
1. Ecología Agrícola. 2. Agroenergía. 3. Energía Renovable.
CDD 363.70561

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Producción, realización y edición de entrevistas
Diego Pérez Roig
Emiliana Cortona
Gerardo Álvarez

Producción General
Martín Álvarez Mullally

Revisión
Martín Álvarez Mullally
Leonora Jáuregui
Fernando Cabrera

Transcripciones
Ediciones Precarias

Colaboración especial
Verónica Trpin

Entrevistadxs
Belén Alvaro
Pablo Bertinat
Fernando Cabrera
Jorge Chemes
Claudia Dussi
Liliana Flores
Agustín González
Felipe Gutiérrez Ríos
Marco Kofman
Lefxaru Nawel
Pety Piciñam
Lorena Riffo
César Storti
Luis Tiscornia
Rodrigo Tizón
Analía Zárate

Edición, dirección de arte y diseño
Pablo Amadeo

Diseño de tapa
Juan Pablo Fernández

HEINRICH BÖLL STIFTUNG CONO SUR
Esta publicación fue realizada con el apoyo de la Fundación Heinrich-Böll-Stiftung

Universidad Nacional del Comahue
por RES 041-22.

fanbook.editora
fanbook.editora@gmail.com

LEGÜERO es una intervención del proyecto editorial ***Fanbook***.

Introducción | Otras transiciones son posibles
Diego Pérez Roig 11

Transición energética

Pasado, presente y futuro(s) del megaproyecto Vaca Muerta
Fernando Cabrera y Marco Kofman 25

Megaproyecto Vaca Muerta: constructor de subjetividades y resistencias
Belén Alvaro y Lorena Riffo 41

Entre la huella del despojo permanente y el derecho al territorio
Pety Piciñam 59

Resistencia y proyección de otro futuro posible:
realidad del megaproyecto en clave mapuche
Lefxaru Nawel 77

Las múltiples dimensiones y desafíos de la transición energética
Pablo Bertinat y Jorge Chemes 91

Energía para la reproducción de la vida
Felipe Gutiérrez Ríos y Analía Zárate 105

Pablo Bertinat es ingeniero electricista y magíster en Sistemas Ambientales Humanos. Como la mayoría de las personas en Argentina, ama el fútbol. No sólo es para él una pasión, sino también un *hobby*, un deporte y gran parte de su semana. Sí, se pasa varias horas con "la caprichosa" cerca del pie. También es profesor e investigador en la Universidad Tecnológica Nacional y director del Observatorio de Energía y Sustentabilidad de la Facultad Regional Rosario. Aún con tanto trabajo, se hace el tiempo para leer. ¿El último? *Cómo funciona el mundo* de Vaclav Smil. Y también para escuchar música ¿El último play en *Spotify*?: Wos. A la parrilla tira cualquier cosa: entraña, matambre o pescado. No le importa lo que haya arriba si se cocina sobre brasas.

Jorge Chemes es hombre de mucha actividad: es ingeniero electricista, tiene estudios de posgrado en Diseño Estratégico de Tecnologías para el Desarrollo Inclusivo Sustentable y es docente de la materia Fuentes no Convencionales de Energía de la Universidad Tecnológica Nacional. También es miembro del Grupo de trabajo Energía y Equidad. Pero, su agenda no termina ahí: Chemes es amante del GO (*Weiqi* o *Baduk*) un juego de tablero y estrategia que se originó en China hace más de 2500 años. Es, además, investigador para el Observatorio de Energía y Sustentabilidad y activista del área de energía de la organización Taller Ecologista. Hace natación y su preferencia en la parrilla es, ni más ni menos, que un matambre de cerdo crujiente.

LAS MÚLTIPLES DIMENSIONES Y DESAFÍOS DE LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA

¿Dónde nos paramos para abordar la cuestión energética?

El punto de partida para pensar la cuestión energética y los dilemas que actualmente enfrentamos supone una visión global e histórica de largo plazo. En este sentido, las discusiones más serias acerca de nuestra matriz energética y sus posibilidades de transición no pueden abstraerse del entorno social —nuestra forma de relacionarnos y reproducirnos— que constituye su fundamento.

¿En qué consiste la noción de "sistema energético" y por qué es el punto de partida necesario para el debate sobre la transición?

Pablo Bertinat: El recorrido por el cual llegamos a ese concepto tiene que ver con una profundización del diagnóstico del problema energético. La necesidad de un cambio sistémico, que claramente no es sólo un cambio de matriz energética. ¿Por dónde le entramos a la problemática energética muchos de nosotros? Lo hicimos desde la ingeniería, desde la cuestión de las fuentes energéticas o desde las resistencias, porque la mayoría de nuestros recorridos tienen que ver con acompañar desde hace veinte o treinta años distintas luchas. Cuando empezás a trabajar más fuerte el tema ves que el diagnóstico incluye la desigualdad, la concentración, la centralización, el marco normativo y la apropiación de la naturaleza. A partir de esta complejización, el tema ya no se observa de manera unilateral, no es un problema tecnológico o de la fuente energética. Esto nos llevó a construir la perspectiva de un problema del orden de las relaciones sociales, de nuestros vínculos como especie y con la naturaleza. Es un problema histórico mediado por las relaciones de producción que requiere un análisis sistémico. No debemos contemplar únicamente dimensiones tecnológicas, sino también políticas sociales, ambientales, culturales y un largo etcétera. Esta construcción intenta poner una unidad de análisis más compleja, en la cual lo tecnológico es sólo una pequeña parte.

Jorge Chemes: Coincido con lo que dice Pablo. Si bien nuestra formación de grado viene de un perfil técnico, nuestro foco de trabajo no es sólo académico, sino que se nutre de compartir con movimientos sociales. Inevitablemente, eso va orientando la mirada hacia una cuestión que está atravesada por aristas culturales, ontológicas, etcétera. En este sentido, la necesidad de complejizar el debate también proviene de que el poder hegemónico sistemáticamente toma y vacía de contenido las demandas. Por ejemplo, la migración de la matriz energética puede terminar sólo en un cambio físico —el empleo de otras fuentes—, arrastrando lógicas de concentración de poder hacia los mismos sectores. Una imagen del método de análisis de "adecuación sociotécnica" es que lo social y lo técnico forman "una tela sin costura". Es decir, no se unen de manera exterior, sino que tejen un único entramado. Entonces, no es que juntamos análisis "sociales" con "técnicos", sino que partimos de una mirada sociotécnica y eso nos lleva a la perspectiva de un sistema.

PB: Un último agregado sobre esta perspectiva se relaciona con la noción de "límites". Entendemos el sistema energético como un conjunto de relaciones sociales que nos vinculan como sociedad y como especie con la naturaleza, y que están determinadas por las relaciones de producción existentes. En ese marco, es importante observar que ha habido todo un recorrido en cuanto a la relación energía y sociedad.

La energía ha tenido que ver con la forma en que se estructuraron las relaciones en sociedades de diferentes tipos, lo cual llevó, a lo largo de la historia, a diferentes procesos de transición energética. A partir de esa contextualización vemos que en la actualidad nos enfrentamos a un problema de otro orden. Es el primer momento en la historia en el cual nos enfrentamos a un proceso de transición donde la energía disponible para la sociedad será menor que la que tenemos en la actualidad y la que tuvimos anteriormente.

Esta menor disponibilidad de energía tiene que ver con la necesidad de dejar a los combustibles fósiles bajo tierra para no profundizar el calentamiento global y con la imposibilidad de tener una estructura energética del mismo tamaño que la actual a raíz de los límites minerales y materiales existentes sobre el planeta. Entonces, para pensar los procesos de transición es necesario analizar de manera sistemática los límites planetarios relacionados con las fuentes y las desigualdades. Estos dos elementos marcan un fuerte corset dentro del cual debemos movernos para construir otra forma de vida sobre el planeta.

La situación en Argentina y las disputas de sentido en torno a la transición energética

Existe un aparente consenso en torno a la potencialidad de Vaca Muerta, no sólo como fuente de divisas para una economía que sufre periódicas crisis del sector externo, sino también, como factor capaz de contribuir a la transición energética gracias a su dotación de recursos gasíferos. Para esta perspectiva, el problema se reduce a una cuestión de orden cuantitativo: cuál es la composición de la matriz, cuántas son sus emisiones, qué disponibilidad de fuentes "alternativas" existe y de qué modo sería comercialmente viable su desarrollo. En el fondo, tal reducción de la energía a "una cosa" encubre relaciones de poder. Por un lado, porque invisibiliza los múltiples conflictos que atraviesan su producción y consumo desde la boca del pozo, hasta el acceso en los hogares. Por el otro, porque la abstrae de las relaciones de dominación que reproduce en forma material. Lejos de cualquier neutralidad técnica, "transición energética" es, en realidad, una idea y un proyecto social que se encuentran en disputa.

Partiendo de la noción de sistema energético, ¿qué características observan en el caso argentino?

PB: El contexto latinoamericano muestra una estructura energética menos fósil que la mundial, pero también con muchos puntos comunes como la concentración, la centralización del sistema y la desigualdad, que en el contexto latinoamericano es mayor que en el global. En el caso argentino, tenemos una estructura energética mucho más parecida a la mundial, o sea, muy dependiente de combustibles fósiles como el petróleo y el gas, con una transición que ya ocurrió hacia el gas. Sucintamente, estamos frente a un sistema energético extremadamente fósil, desigual, concentrado y centralizado, configurado por un marco normativo neoliberal heredado de los noventa. Además, es un sistema cada vez menos eficiente porque progresivamente nos cuesta más energía producir energía. Es muy poco democrático y muy opaco en todos sus sentidos.

¿Por qué es "poco democrático"?

PB: Porque es un sistema sobre el cual no hay discusiones habilitadas para la sociedad, sino que se restringen a un sector de "especialistas" o de *lobbies*. Es un tema que, en general, no entra en los términos de la discusión política, y que,

además, resulta muy poco transparente en cuanto a la disponibilidad de información. Uno puede acceder a los balances energéticos, pero, por ejemplo, no hay estudios sobre pobreza energética.[1] Tampoco hay estudios detallados de matrices de insumo-producto-consumo de energía por sectores productivos A su vez, resulta bastante incomprensible para el ciudadano común. Todo esto lo convierte en un sistema poco abierto a la deliberación y el debate público.

JC: Los pocos espacios existentes tampoco son vinculantes, como las audiencias públicas.

PB: Ni hablar de eso. Las políticas energéticas se definen a nivel del Estado nacional, y algo desde la incumbencia de las provincias, lo cual es muy reciente. El abordaje no parte de lo local, y eso profundiza su opacidad y el carácter poco democrático, ya que disminuye la posibilidad de participación ciudadana. Este nivel sólo aparece cuando emergen conflictos, lo cual nos lleva a otro punto. El sistema energético global es intrínsecamente conflictivo en todas sus escalas, desde las disputas geopolíticas hasta lo que sucede a nivel de un barrio. Hace unos años se consultó a doscientas empresas sobre los principales conflictos en América Latina.[2] El grueso tiene que ver con la energía en toda la cadena: las zonas de extracción, los procesos de industrialización o transformación, la infraestructura, el abastecimiento, las tarifas. Hay conflicto por donde lo mires y tiene relación con lo que decíamos antes acerca de su carácter poco democrático y autoritario.

Una peculiaridad argentina es la elevada participación del gas en la matriz energética. Fluido que, en términos generales, es menos contaminante que la quema de combustibles líquidos o el carbón. A su vez, contamos con una gran dotación de este recurso en Vaca Muerta. En las discusiones actuales, esto se emplea como argumento para sostener dos cosas. Por un lado, que debemos profundizar la "gasificación" de la matriz; por el otro, que mediante la exportación podríamos colaborar con la migración de

[1] En términos generales, la noción alude a las dificultades o a la imposibilidad de satisfacer necesidades energéticas básicas (climatización del ambiente, cocción de alimentos, etcétera) en el ámbito doméstico. Consultar la entrevista con Felipe Gutiérrez Ríos y Analía Zárate que se encuentra a continuación.

[2] Se refiere a G.G. Watkins, S-U. Mueller, H. Meller, M.C. Ramírez, T. Serebrisky, A. Georgoulias, *Lecciones de Cuatro Décadas de Conflicto en torno a los Proyectos de Infraestructura en América Latina y el Caribe,* Banco Interamericano de Desarrollo, 2017.

otros países hacia matrices más limpias. ¿Ustedes ven algún tipo de ventaja u oportunidad en este sentido?

JC: Cuando nos referimos al proceso de transición, además de la variable temporal —corto, mediano y largo plazo—, también debemos considerar la variable espacial. ¿Transición en dónde? ¿Argentina? ¿Latinoamérica? ¿A nivel mundial? Está claro que habitamos un mismo planeta, tanto el sur global como el norte global, y que el cambio climático es una situación apremiante que nos obliga a actuar. Desde una mirada específicamente local, me parece que debemos avanzar en pos de mitigar la situación climática con una agenda propia. Entonces, el planteo que hacemos es que Argentina ya transitó el sendero de "gasificación", tanto para el consumo específico, como en su empleo para otros fines como la generación eléctrica. El acceso a la energía para las regiones o comunidades que actualmente cuentan con un servicio deficiente no necesariamente tiene que ir de la mano de la extensión de las redes de gas natural. Podemos trabajar y poner el foco en la electrificación, dado que más del 99% de la población tiene acceso a redes eléctricas. La solución puede ser esta y no el doble discurso de "extender las redes para hacer llegar el gas al norte del país", cuando en realidad se busca desarrollar la infraestructura para la exportación y la generación de las divisas necesarias para pagar la deuda externa. La dimensión espacial nos invita a generar una agenda propia y una epistemología del Sur para el proceso de transición. Lo cual trae aparejados un montón de problemas concretos. Parte del debate de la transición local debe poner en agenda los subsidios: cómo implementarlos y para quién. Va a seguir habiendo población con acceso al gas natural, mientras otra únicamente accederá a energía eléctrica. ¿Cómo es la lógica y la dinámica de los consumos de energía en cada uno de estos lugares vinculados a las singularidades geográficas? Una política de electrificación también debe contemplar el acceso a equipamiento eficiente para la calefacción. Es todo un entramado el que debe trabajarse.

PB: Estamos en contra de la propuesta esbozada tanto en el *Plan Nacional de Adaptación y Mitigación al Cambio Climático al 2030*,[3] como de las recientes estrategias de largo plazo que apuntan a una mayor gasificación de la matriz. La electrificación es un sendero global que está en curso y creemos que es altamente viable en Argentina como una alternativa real al consumo de gas.

[3] Plan elaborado en el marco de la Ley No 27.520 de Presupuestos Mínimos de Adaptación y Mitigación al Cambio Climático Global. Fue publicado en 2022.

Esto tiene que permitirnos pensar no sólo en otra estructura energética, sino también en un cambio a nivel de las relaciones sociales. El año pasado, la mitad de todo el gas fue para producir energía eléctrica. Podríamos pensar un sendero no muy complejo para, en las próximas tres décadas, ir bajando esa gravitación del gas en la generación eléctrica con múltiples alternativas: no sólo fotovoltáica, sino también biomasa, microhidro, biogás. Buena parte de esta transición podría ser descentralizada con producción nacional y con industria local asociada. Como decía Jorge, el sector eléctrico debería crecer a costa de no renovar ni ampliar la infraestructura gasífera que implica una fortuna de plata y que muy probablemente en algunos años sean activos "varados" porque debamos dejar de consumir gas o petróleo a nivel interno. Esto lo pensamos en el diálogo con los sectores "nacionales y populares", lo cual tiene el hecho favorable de que dejaría gas para la exportación, el ingreso de divisas, etcétera; aunque siempre proyectando un saldo decreciente y descartando las opciones extremas como Vaca Muerta o el *offshore* de aguas profundas. Justamente, el tema de si utilizar o no estos recursos para exportar y que de esa manera se financie la transición es uno de los temas tabú sobre los cuales no tenemos una posición clara y debemos discutirlo. Esto es polémico, pero debemos discutir cuál sería el sendero decreciente de la producción de hidrocarburos en Argentina y a qué se dedicaría esta producción.

¿Cuál sería el objetivo de acá al 2050?

PB: En términos generales, nosotros adherimos a la idea de "colapso", que no significa apocalipsis. Creemos que vamos hacia un futuro muy conflictivo en las próximas décadas debido al incremento del consumo de energía a nivel global, la escasez de recursos y las restricciones e impactos del cambio climático. En ese marco, nos da la impresión de que una alternativa concreta, sobre todo para América Latina, es fortalecer las autonomías locales y regionales. Aquí encontramos aquellos puentes de diálogo con el progresismo desarrollista, a partir de la necesidad de construir matrices energéticas —desde un punto de vista técnico— mucho más resilientes y menos dependiente de los fósiles. Hay recursos, alternativas técnicas, productivas y capacidades humanas para esto. El debate es si tiene sentido usar la renta gasífera para pagar esa transición y cuáles serían las condiciones para que eso se enmarque en un proceso decreciente de la producción. El objetivo es encontrarnos de acá a treinta años con una estructura energética, por lo menos desde el punto de vista de la matriz, que dependa muchísimo menos de los combustibles fósiles y que tenga un sostén productivo y tecnológico nacional o local.

Pero acá también hay un vínculo claro con la organización del trabajo, porque no se trata solamente de la matriz energética, sino de un cambio del modelo productivo que implica la desarticulación y desaparición de sectores y empleos —como el automotriz o el petrolero—, así como el fortalecimiento de otros vinculados a los servicios y la tecnología de energías renovables. Cuando profundizás en este problema, llegás a la conclusión de que lo que está en juego es la organización global del trabajo en la sociedad, no sólo en esos sectores. Por ejemplo, cómo se reconfigura la ecuación entre trabajo productivo y reproductivo. Sin esta discusión, va a ser muy difícil avanzar en el proceso de transición energética.

La relevancia que se otorgue a estas dimensiones y a una mirada integral permite pensar diferentes "tipos" de transiciones. ¿Por qué denominan a unas "populares" y a otras "corporativas"?

PB: Lo primero a decir es que no hay una mirada única sobre la transición energética, sino que hay miradas diversas que tienen que ver con intereses, afectaciones, deseos, culturalidades, geopolíticas y otras perspectivas. Ese fue el primer objetivo, diferenciar estas dos miradas de la transición, o sea, mostrar que no hay un sólo camino. En términos generales, estas dos caracterizaciones intentan mostrar la intención de perpetuación del sistema capitalista fósil actual utilizando el desarrollo de las fuentes renovables de energía como herramientas en un proceso de "acumulación por desfosilización". Esta es una mirada "corporativa" que intenta perpetuar las relaciones sociales alrededor de la energía tal cual las conocemos. Frente a esto, concebimos la transición energética "popular" como un sendero de construcción sociopolítica de relaciones de otro tipo alrededor de la energía, que nos permitan pensar en un proceso de transición que exceda lo tecnológico y que en el contexto de los límites planetarios y las desigualdades nos permita desfosilizar, democratizar, desconcentrar, descentralizar, desmercantilizar, descolonizar y despatriarcalizar. Es una división muy taxativa pero sirve para contrastar algunos ejes. En otros lugares, a raíz de las implicancias que esto tiene para les trabajadores y trabajadoras, las organizaciones sindicales hablan de "transición justa", asociándola a la justicia social y ambiental. Hoy en día ya no alcanza con decir "transición energética" a secas, es necesario dotarla de algún contenido. En el momento en que escribimos sobre el tema, todavía no había tanta discusión y nos pareció que valía la pena hacer tal diferenciación. La verdad es que discutimos muchísimo y al final terminamos caracterizándolas de ese modo. En el fondo, el objetivo es poner sobre

la mesa cuáles son las dimensiones de la transición para explicitar que no estamos únicamente frente a un problema tecnológico.

JC: Esa categorización dicotómica de algún modo elimina matices, pero nuestra intención era tratar de disputar sentido desde un lugar menos complejo. No dejamos de ver que hay un amplio abanico de posibilidades dentro de cada una. Por ejemplo, ¿qué rol juega el hidrógeno verde? No es tan simple decir "corresponde a una transición popular" o a una "corporativa". Para profundizar en las definiciones que daba Pablo, podemos decir que la transición energética corporativa (TEC) concibe a la crisis ambiental ocasionada por el cambio climático desde una mirada de "sustentabilidad débil", como plantea Eduardo Gudynas. Recientemente, Martín Kazimierski y Melisa Argento plantearon el inicio de un nuevo ciclo de acumulación capitalista "por conservación y desfosilización". La TEC también puede relacionarse con lo que Joan Martínez Allier denominó "ecologismo de los ricos", particularmente por el culto a la ecoeficiencia, o lo que Maristella Svampa llama "narrativa capitalista-tecnocrática". A partir de un discurso de urgencia inmediata ante el colapso ambiental, la narrativa de la TEC responsabiliza a toda la humanidad por el cambio climático sin distinguir responsabilidades ni grados de impacto en cuanto a las acciones a implementar para adaptarse al mismo. Así, la TEC coloca la energía en la esfera del mercado y concibe sólo una dimensión física y mecanicista, buscando únicamente transformar la matriz energética, siendo su objetivo final maximizar la productividad económica de los proyectos de energías renovables a partir de megaproyectos energéticos. Además, apunta a dotar de energía un modelo de desarrollo de crecimiento infinito, ya que su objetivo no es modificar las lógicas de consumo, sino sustituir fuentes de energía para seguir consumiendo y continuar con el movimiento de la maquinaria de concentración de riqueza y poder.

¿Cuáles son las diferencias con la transición energética popular (TEP)?

JC: La narrativa de la TEP también da cuenta de una crisis pero que no es sólo ambiental. Por el contrario, plantea una crisis civilizatoria multidimensional, enmarcada en lo que distintos autores denominan "capitaloceno". Desde esta perspectiva, el componente ambiental es uno más entre otros: social, económico, político institucional, modernidad/racionalidad y ontológico. Así, el planteo de cambio requiere de una transición socioecológica donde la transición energética sea comprendida como un subsistema de un todo más complejo. Retomando a los mismos autores, la TEP se asienta sobre la idea

del "ecologismo de los pobres" —Martínez Alier—, con una mirada de sustentabilidad fuerte/superfuerte —Gudynas—, y sobre la narrativa de transición socioecológica anticapitalista —Svampa. En este marco, existe la narrativa del colapso civilizatorio, de la necesidad de cambiar de forma urgente. Pero también existe una diferencia en la relativización del tiempo o del modo de la transición energética para el Sur global, fundado en las mayores responsabilidades de los países del Norte en cuanto al aporte de gases de efecto invernadero: la denominada deuda ecológica. Con ello, no fundamenta la necesidad de seguir consumiendo combustibles fósiles sino que promueve la idea de que la velocidad de la transición debe propender a generar condiciones de equidad socioambiental, con inclusión social y con proyectos de menor escala, para fomentar el desarrollo endógeno con dinámicas de participación y democratización que no prioricen únicamente maximizar los rendimientos económicos. Con el planteo de una agenda de decrecimiento con justicia socioambiental, la TEP entiende que no es factible una economía de crecimiento ilimitado, siendo que existen estudios que dan cuenta de la finitud de los bienes comunes para la fabricación de tecnología para energías renovables. De este modo, la transición propuesta no es sólo física (matriz energética) sino del sistema energético entendido como decíamos antes: un sistema complejo y heterogéneo, conformado por múltiples elementos además de los físico-artefactuales, que considera la existencia de subsistemas económicos, sociales, ambientales, demográficos, infraestructurales, culturales, ontológicos, etcétera. Para las narrativas de la TEP, es fundamental el cambio de centralidad de lo humano a fin de pensar el desarrollo, y los conceptos de interdependiencia y ecodependencia marcan su camino.

Más allá de las zonas grises entre las categorías, sí hay algunos aspectos que resultan definitorios. Por ejemplo, la discusión integral que planteaban antes sólo puede llevarse a cabo sacando a la energía de la esfera del mercado y ubicándola en la de los derechos. ¿Cuáles son los actores clave para poder hacer ese cambio?

PB: Los derechos son construcciones sociales. Lo que imagino es que el derecho social a la energía dependerá de un proceso de acumulación de poder de los sectores populares. Esto aparece de manera segmentada en diferentes espacios: es la lucha por el acceso a la energía en un barrio popular, como también la resistencia de las comunidades *mapuche* u otras poblaciones locales afectadas por Vaca Muerta, por mencionar dos casos. El tema es cómo puede avanzarse en una síntesis que construya ese derecho. No lo tenemos claro,

sólo suponemos que es un proceso de construcción que debe ir avanzando. Solemos decir que el derecho al agua es un espejo del derecho a la energía, aunque la energía es un tema mucho más complejo. Tan sólo contamos con enunciados y algunos títulos. Por ejemplo, intentamos trabajar en una misma mesa con afectados y sindicatos. Creemos que este es un camino que permite visibilizar intereses comunes cuando en lo inmediato la relación es de conflicto. El proceso puede ir por ese lado.

JC: La pregunta es súper interesante. La respuesta de Pablo es general, pero da cuenta de la complejidad de esa construcción. Claramente, es necesario un proceso de democratización que ponga en agenda la cuestión energética, pero no únicamente respecto de la cantidad de dólares que vamos a usar para importar combustibles, sino también para discutir el acceso a la energía, por ejemplo. La vigencia del marco legal neoliberal impuesto en toda la región nos obliga a plantear una desmercantilización de la energía. En el año 1989 el secretario del Tesoro de los Estados Unidos, Nicholas Brady, lanzó un programa de reestructuración de deuda para los países de América Latina que se encontraban ahogados por la dificultad de normalizar el pago de sus deudas públicas. A esta iniciativa se la denominó "Plan Brady" y la condición que impuso el país del norte para poder acogerse al mismo fue que se privaticen las empresas del Estado, entre ellas las energéticas. Es indispensable en América Latína y el Caribe trabajar sobre la derogación de las normativas energéticas neoliberales de la década de 1990 que generan marcos normativos y subjetivos de cómo diseñar y participar en el sistema energético. La acción desde las bases puede traccionar todo el proceso, pero también es necesario trabajar fuertemente en estos niveles más superestructurales.

PB: Nosotros seguimos viendo en lo local una fortaleza. Si realmente hubiese vocación de construir algo mucho más transparente, podría haber mesas de trabajo que convoquen a las autoridades locales, a los pobladores y las empresas de energía para encontrar caminos que, en definitiva, tengan mucho más que ver con garantizar el derecho al acceso que es central. Si esos espacios tuvieran más fuerza, habría posibilidades de germinar algo distinto. En Rosario, todos los inviernos nos llaman para ver qué se puede hacer porque en los barrios populares están cortando la calle porque no tienen servicio. Nunca se encuentra un camino de solución porque la lógica es la del mercado empresarial y nadie se anima a ir un poquito más allá. A mí me da la impresión de que lo local es una oportunidad que tenemos que explotar mucho más para construir experiencias que nos permitan recorrer otros senderos.

Las experiencias más valorables de este tipo fueron las viejas cooperativas de energía, o lo que está ocurriendo actualmente bajo forma comunitaria en Colombia, Venezuela y algunos países de Centroamérica. Son comunidades que decidieron tomar por sí mismas la problemática y resolverla, porque no lo hacía el Estado. En un país tan urbano como el nuestro creo que lo local es la oportunidad que tenemos, no tenemos muchas otras, me parece.

JC: La escala local tiene potencial porque el problema de la transparencia o la participación no se reduce a una cuestión de propiedad. En el caso de la provincia de Santa Fe, tenemos una empresa estatal de energía cuyas lógicas también son opacas y poco abiertas. Las dinámicas de participación, de promoción del acceso a la energía, de priorizar ciertos valores sobre otros, efectivamente encuentran mayores posibilidades a nivel local. Nuevamente, esto no quita que no se deba trabajar sobre aquellas superestructuras legales que son la norma en toda América Latina y que fueron impuestas por las políticas del Banco Mundial. Durante los noventa exigieron a los gobiernos de la región privatizar y desregular el sector para pagar la deuda externa y hoy esa misma lógica aparece en la idea de exportar gas para la transición del Norte global. Es toda una matriz de pensamiento que se instala para la ejecución de políticas.

¿Qué consecuencias podemos esperar si continuamos por el sendero que esa lógica impone?

PB: A nivel global, y regional, un rápido empeoramiento de las condiciones climáticas. Eso implica, principalmente, un impacto muy fuerte para los sectores menos favorecidos de todo el planeta, incluida nuestra región. Los desafíos que implicaría no superar los dos grados de aumento de temperatura para 2050 ya son prácticamente imposibles de cumplir, y eso va a expandir los territorios de sacrificio a nivel global. El problema es que lo vamos a ir viendo con cuentagotas, repartido en cada uno de los países de la región, y va a ser adjudicado a la fatalidad o cosas por el estilo. De esta manera, inundaciones, sequías, grandes tormentas, movilidad de enfermedades regionales impactarán sobre poblaciones ya vulnerables de por sí. Es esperable que esto agudice la violencia global vinculada con el tema. No es casual que, en el marco de la crisis energética provocada por la guerra entre Rusia y Ucrania, la mayoría de los países hayan incrementado muy fuertemente sus gastos militares. Los países del Norte global observan que vamos hacia un mundo más conflictivo por la restricción de recursos

y están haciendo las previsiones necesarias para acceder a aquellos que son críticos. Con lo cual, tenemos una mirada bastante compleja sobre el escenario futuro en términos geopolíticos.

¿Cómo se traduce esto al interior de nuestros países?

PB: Las lógicas de producción y reproducción, las demandas del Norte, así como el pago de deuda, generan más presión extractiva. Para la política tradicional, la única alternativa es esa. Tenés sectores que directamente niegan el cambio climático mientras que otros plantean un "derecho al desarrollo", como se ve en el discurso de Lula cuando discute con Gustavo Petro.[4] El discurso es "nosotros tenemos que desarrollarnos". El Norte global quemó fuentes fósiles durante un siglo y medio, entonces ahora nos toca a nosotros. Como si el "desarrollo" estuviese al final de una serie de etapas cuya sucesión dependería del uso de esas energías. En el caso argentino, además de esa mirada nos encontramos con el peso de las corporaciones asociadas al *lobby* petrolero que han alcanzado un nivel de concentración terrible. Techint, por ejemplo, además de extraer petróleo y gas no convencional, vende los tubos necesarios para el transporte y tiene distribuidoras en casi todas las provincias. Este complejo productivo e industrial cuenta con un poder de *lobby* gigante, difícil de torcer, que influye sobre las políticas públicas. Esto ya es descarado dentro de los organismos nacionales de energía. En la medida en que no podamos desarticular este poder, va a ser muy difícil avanzar en un proceso de transición energética o de reducción de utilización de fósiles en Argentina.

En este sentido, ¿observan una banalización o un vaciamiento de la noción de transición energética? ¿Pueden darnos un ejemplo?

PB: El ejemplo más claro es el Escenario 2030 que elaboró la Secretaría de Energía de la Nación,[5] que bajo el título de "Transición Energética" prevé una mayor producción y consumo de petróleo y gas. Para ellos eso es transición, aunque no queda claro hacia dónde. ¿De qué estamos hablando? Desde el punto de vista técnico, nosotros entendemos que la transición energética implica menos petróleo y menos gas. Lo mismo ocurre con los escenarios

[4] Presidentes de Brasil y Colombia, respectivamente.

[5] Se refiere al documento *Escenarios Energéticos 2030*, presentado en noviembre de 2019.

elaborados para 2050. Embanderados en un discurso de transición energética, se visualiza una producción de gas mayor que la actual. Eso claramente no es una transición, pero intenta ser disfrazado como tal ya que es la manera en la cual puede obtenerse apoyo internacional y nacional para su desarrollo. Se percibe una ceguera epistémica importante a la hora de evaluar opciones tecnológicas diferentes. Esos escenarios ni siquiera plantean transformar las otras dimensiones del sistema energético actual, sino únicamente lo respectivo a fuentes energéticas. En este sentido, son escenarios sumamente pobres, permeados, como decíamos anteriormente, por los intereses de la corporación hidrocarburífera que intenta seguir sosteniéndose en el tiempo a fin de valorizar los activos existentes.

JC: Sí, más que vaciar de contenido, lo que hacen es dar otro significado al problema, que sigue una lógica de concentración de poder. Cuando nosotros planteamos la noción de "transición corporativa" decimos que no es una transición "de las corporaciones", sino que es una transición pensada desde una lógica de acumulación de capital que atraviesa las corporaciones, pero también el Estado en sus distintos niveles. De un modo similar, desde la derecha verde neoliberal se dice que hay que ir urgente hacia una transición energética, sin importar cómo. En cambio, en el planteo de la "transición popular" aquella lógica sí importa. La transición energética en la Argentina, ¿debe ser a partir de megaproyectos cuya lógica mercantil priorice la productividad económica y energética? ¿O tenemos que proyectar una transición desmercantilizada y a partir de formas más descentralizadas? Con esto no estoy diciendo que no vayamos por proyectos de magnitud. Pero lo que sucede es que sólo se hacen megaproyectos con el foco puesto en su rendimiento económico, lo cual redunda en que los desarrollos —como los de energía solar o eólica— se terminen haciendo en las zonas geográficas donde hay una mayor dotación de recursos. Así adoptan la lógica de los proyectos extractivistas: sólo avanzan aquellos que generan mayores beneficios económicos. La "desmercantilización" abre espacios para otras formas que generen trabajo local, generación distribuida, más eficiencia por menores pérdidas en la transmisión, etcétera. •